

EL HOMBRE, UNA PREGUNTA

(Breve reflexión acerca del planteo de la pregunta
antropológica)

por

CARLOS J. TEALDI

La presente reflexión habrá de desarrollarse teniendo en cuenta dos perspectivas: 1) la que vincula la pregunta antropológica con el *ser* mismo del hombre; 2) la que relaciona la pregunta con las condiciones de la *situación histórica*.

1. *La pregunta antropológica y el ser del hombre*

El hombre es el único ser capaz de formular preguntas. ¿Por qué? “La posibilidad de preguntar y contestar, afirma el Dr. Bernard Delfgaauw, constituye como tal el ser del hombre como hombre. El hombre puede formular preguntas porque él mismo es una pregunta” (2). En efecto, ser hombre significa preguntar: *¿qué soy yo?* Señalemos que la pregunta no es solamente intelectual (ésta incluso puede no darse) sino también y fundamentalmente *existencial*. Tratemos de comprenderlo.

(1) DELFGAAUW, B., *La historia como progreso*. Lohlé, Buenos Aires, 1968. Tomo II, p. 45.

A partir del momento en que el hombre cobra conciencia de su existencia, descubre que su ser no está sujeto a un desarrollo natural, por lo menos no totalmente, y que en consecuencia él mismo tiene que plasmarlo, configurarlo. "Cada uno de nosotros nace por su propia elección, decía San Gregorio de Nisa. Somos, en cierto modo, nuestros propios padres, pues nos engendramos a nosotros mismos tal como queremos." (2). El hombre es el ser que surge en el mundo con una especie de "carencia" constitutiva, en cierto sentido "a medio hacer", y por lo tanto como un ser que tiene que completarse a sí mismo, hacerse a sí mismo. Luego, *es el hombre en sus intentos de ser hombre, de plasmarse y hacerse a sí mismo, quien formula la pregunta acerca de sí mismo*. Destaquemos que la pregunta la realiza como *hombre*, o sea que no puede existir sin formularla y sin contestarla. Es muy probable que en la mayor parte de los casos todo esto quede por debajo de la conciencia explícita; de todas maneras el hombre siempre formula la pregunta y la contesta mediante el modo como configura su ser, mediante el *sentido* que otorga a su existencia.

La pregunta antropológica, sin embargo, no se desenvuelve en toda su profundidad, no alcanza su verdadera dimensión humana hasta que el hombre no se la formule no sólo implícita sino explícitamente. La pregunta existencial debe convertirse en "ideoexistencial".

Si tal es la realidad humana, la síntesis de una pregunta y una respuesta, el conocimiento que el hombre tenga de sí mismo, la interpretación que haga de sí mismo, nunca resultará indiferente para él. "El conocimiento del hombre no deja de tener consecuencias para el ser del hombre", dice el Dr. Michael Landmann (3). ¿Cómo es esto posible? Normalmente

(2) SAN GREGORIO DE NISA, *Vita Moysis*. Citado por MOURoux J., *Sentido cristiano del hombre*. Studium, Madrid, 1956, p. 125.

(3) LANDMANN, M., *Antropología filosófica*. UTEHA, México, 1961. pág. 4.

te un conocimiento no produce ninguna modificación en la cosa conocida. Las cosas tienen una consistencia fija y estable y el conocimiento que el hombre establece sobre ellas no significa ninguna intervención en ella. Nicolai Hartmann ha hablado de la "indiferencia abrumadora" del ser frente al hecho de ser conocido. El hombre, sin embargo, y sólo él, se presenta como una excepción a esta regla general. Y la razón está en que el hombre, a diferencia de las cosas, no tiene una manera de ser fija e invariable. Digámoslo con mayor precisión: la naturaleza le ha dado al hombre como herencia fija solamente su estructura más general, como es su modo peculiar de conocer y de obrar. Pero sobre esa estructura y en base a esa estructura, que representa el aspecto estable y permanente del hombre, se levanta como un segundo piso, por así decir, que no está determinado por la naturaleza sino que depende de su propia fuerza creadora y de su decisión. El hombre es un complejo, una unidad de *naturaleza y cultura*, una especie de "centauro ontológico" como diría Ortega. A diferencia del animal que lo tiene todo por la naturaleza, dado que su vida transcurre por los carriles que ella previamente le ha fijado, el hombre tiene necesidad de construir su ser, de producirse a sí mismo, en cierto modo hasta el fin.

Y precisamente, porque el hombre es el ente que aún debe construirse a sí mismo, ultimarse, la interpretación que haga de su propio ser nunca podrá resultar, como decíamos, indiferente para él. "Las autointerpretaciones se tornan metas y directivas con arreglo a las cuales se cumple la autoformación", afirma Landmann (4). La idea que en cada caso el hombre se forma de sí mismo se convierte en el *ideal* que modela y rige su propia vida. El hombre no es sólo el ente que se hace a sí mismo, sino que además *elige* aquello que quiere hacerse. Pero esta elección está siempre ligada a una cierta interpretación del hombre, se tenga o no se tenga una

(4) LANDMANN M., o. c., p. 6.

conciencia explícita de ella. De esta manera se confirma que en el hombre su conocimiento no deja invariable su ser.

Pero con esto se revela también el sentido profundamente humano del conocimiento antropológico. Porque no está en manera alguna ultimado, porque debe completar su ser, *el hombre necesita de una idea o imagen rectora que lo guíe*. “La imperfección del hombre, dice Landmann, es la que en compensación empuja a la autocompresión, que le dice cómo puede perfeccionarse” (5). La reflexión antropológica no es un lujo intelectual o una mera divagación teórica, sino que brota de la más profunda necesidad de aquel ser que por tener que hacerse a sí mismo necesita saber a qué atenerse. El “anthropos” es por esencia un “antropólogo”, pero debe serlo de una manera consciente y responsable. Vivir humanamente no es simplemente vivir, es *conductr* la vida. Y para conducirla es primordial la pregunta y la respuesta consciente acerca de sí mismo.

Al finalizar esta primera parte de la reflexión, no podemos dejar de recordar el carácter siempre *provisional* de toda respuesta humana. Así como la ciencia es un pensar la realidad, realidad que nunca queda absorbida por completo en este pensar, así también la pregunta por el hombre nunca desaparece por completo en la respuesta. “La respuesta, afirma Delfgaauw, es perspectiva, dirección. La dirección puede elegirse acertada o erróneamente, pero aunque sea elegida acertadamente sigue siendo dirección, no llegada a la última meta” (6). Es que el hombre no es sólo el “grande profundum” del que hablaba San Agustín; es, además, el ser que siempre está en camino, es un “homo viator” según la expresión de Gabriel Marcel. En consecuencia, la respuesta acerca de sí mismo será siempre provisional, nunca será contestada por el hombre en toda su profundidad y en forma definitiva.

(5) *Ibid.*, p. 9.

(6) DELFGAAUW B., o. c., p. 47.

2. La pregunta antropológica y la situación histórica

La pregunta por el hombre es, pues, consustancial al hombre. No puede existir sin formularla y sin contestarla, aunque de ello no tenga la mayor parte de las veces una conciencia explícita. La pregunta, sin embargo, puede presentar diferentes matices según sea la situación desde la cual se la formule.

Si bien el hombre, a través de toda su historia y por las razones expuestas, nunca ha cesado de preguntarse y de reflexionar sobre sí mismo, es principalmente en las épocas de grandes crisis cuando presa de la inseguridad y la desorientación que ello trae aparejado, retorna sobre sí y se replantea la pregunta acerca de su ser y del sentido último de su existencia. Pero en este caso ya no se trata de una pregunta serena y reposada como la que el hombre formula cuando vive una situación de amparo y de seguridad. Se trata, por el contrario, de una pregunta apremiante, angustiada, a veces hasta dramática, en razón precisamente del momento de desamparo, abandono y amenaza por el que pasa su existencia.

Hoy vivimos, indudablemente, uno de estos momentos. Los enfrentamientos humanos, la violencia, las destrucciones, las injusticias, los fracasos, el dominio del hombre por el hombre, no sólo crean una situación generalizada de angustia e inseguridad, sino que, y lo que es más grave, parecen poner en duda *la suprema dignidad y el supremo valor que representa la persona humana*. Aunque nos parezca una exageración, éñ el mundo en que vivimos la vida humana tiene necesidad de una justificación.

Esta situación va unida al hecho del inmenso poder que el hombre hoy tiene en sus manos, gracias a los prodigiosos avances de la ciencia y de la técnica. Este poder ha colocado al hombre, por primera vez en la historia, por encima de toda la humanidad. Nuestra existencia hoy, nuestra existencia como especie, depende de nuestra propia decisión. "La huma-

nidad toda, ha dicho J. P. Sartre, si continúa viviendo, no será simplemente porque haya nacido, sino porque habrá decidido prolongar su vida. Ya no existe la 'especie humana'. La comunidad que se ha convertido en guardiana de la bomba atómica está por encima del reino natural, porque es la responsable de su vida y de su muerte; cada día, en cada minuto, será necesario que conscientemente en vivir. He aquí lo que experimentamos hoy en la angustia." (7). El hombre se ha convertido hasta tal punto "señor y poseedor de la naturaleza" según la vieja aspiración de Descartes, que de aquí en más puede terminar con todo rastro de vida sobre la tierra o crear un mundo más humano y feliz para todos los hombres. La palabra final no podrá tenerla sino el mismo hombre, quien con su propia y resuelta decisión habrá de demostrar si el hombre es, en definitiva, un ser llamado a la destrucción y la muerte o, por el contrario, un ser llamado a la vida y a la convivencia fraternal. El poder que hoy el hombre concentra plantea los problemas finales, el problema de la libertad, el de la elección, el de los fines, en suma, el problema de *qué es el hombre*, que adquiere ahora, como ya lo afirmara hace muchos años Martín Buber, "una significación nueva y terriblemente práctica" (8).

En sus reflexiones acerca de la cultura Romano Guardini ha dicho que la obra humana del futuro presentará ante todo este rasgo esencial: el del *riesgo*. Si bien el hombre ha llegado a dominar en gran medida los efectos directos de la naturaleza, sin embargo no domina todavía sus efectos indirectos, el "dominar" mismo. "Tiene poder sobre las cosas, afirma el autor, pero no lo tiene o, para hablar con más prudencia, no lo tiene todavía sobre su poder" (9). ¿Existe alguna garantía de que el hombre use rectamente ese poder?

(7) SARTRE J. P., *Les temps modernes*. N° 1, Presentación.

(8) BUBER M., *¿Qué es el hombre?* F.C.E. (Breviarios), México, 1954, pág. 80.

(9) GUARDINI R., *El ocaso de la edad moderna*. Guadarrama, Madrid, 1963, p. 118.

Evidentemente que ninguna. Lo más que puede darse es una probabilidad, pero nunca una seguridad. Y esto porque la cultura y su poder implícito, en tanto creada y manejada por un espíritu libre, posee siempre un carácter *ambivalente*: “puede operar el bien como el mal, lo mismo puede construir que destruir. Lo que de hecho resulte depende de la intención del que lo maneja y de la meta a cuya consecución se aplique” (10). Guardini anuncia en razón del inmenso poder que hoy acumulamos, el comienzo de un nuevo período en la historia. “A partir de ahora y para siempre, dice, el hombre va a vivir al borde de un riesgo que afecta a la totalidad de su existencia y cuya intensidad irá en aumento constante” (11). De ahí que el problema central alrededor del cual va a girar la tarea humana del futuro y de cuya solución dependerá todo, no solamente el bienestar o la miseria, sino la vida o la muerte, es para el autor el problema del *poder*. “No el de su aumento, aclara, que se opera por sí solo, sino el de su sujeción, el de su recto uso” (12). Para que el uso de ese poder sea realmente en beneficio de “todos los hombres y de todo el hombre”, será necesario poseer no sólo la fortaleza indispensable para tomar las decisiones que eviten el caos, sino también la suficiente claridad de fines que permita un obrar verdaderamente consciente y responsable. Dicha claridad de fines sólo puede proporcionarla una reflexión profunda acerca del hombre, una reflexión que como dice Buber lleve al hombre a “cobrar experiencia de sí mismo”, que le permita hacer entrar en juego a “lo más recóndito de sí”, y descubrir de esta manera el lugar peculiar que le corresponde en el cosmos.

La filosofía contemporánea, filosofía de carácter esencialmente antropológico en razón de las circunstancias históricas, se ha fijado como tarea fundamental el esclarecimiento

(10) *Ibid.*, p. 110.

(11) *Ibid.*, p. 119.

(12) *Ibid.*, p. 120.

de las *decisiones futuras* del hombre. Las distintas posiciones (fenomenología, existencialismo, marxismo y filosofía cristiana principalmente) miden en este problema, el problema del hombre y su destino, su valor de verdad.